

PREFACIO

Es el momento de las confesiones. Parece que fue mi destino y privilegio que el lugar donde comenzaron mis libros fuera Antioquia, Colombia. Como estudiante de posgrado, me preguntaba por qué Medellín, la moderna capital del departamento de Antioquia, era uno de aquellos pocos sitios de América Latina donde, a comienzos del siglo xx, sus habitantes cargaron maquinaria textil a sus espaldas a través de la cordillera de los Andes para iniciar una de las pocas industrializaciones autóctonas de Latinoamérica. La investigación de los orígenes del empresariado antioqueño en *Miners, Merchants and Farmers in Colonial Colombia* me regresó a una época anterior, a una sociedad donde la presencia y la ausencia de recursos naturales exigía múltiples inversiones y conceptos flexibles de riqueza.¹ Esto promovió un *ethos* empresarial que, en el siglo xix, llevó a algunas personas a describir a los antioqueños como los judíos de Colombia. La acumulación de capital que tuvo como resultado la exportación del café alimentó aquella industrialización posterior, y sería un legado más de aquel anterior *modo de ser*.

El conocimiento del mundo de la Antioquia del siglo xviii me condujo también a Gabriel Muñoz quien, a pesar de ser un rico comerciante, se encontró excluido de un prestigioso cargo en el cabildo, el concejo municipal de Medellín. Al negársele públicamente el título honorífico de don en las calles, demandó al funcionario real

1 Twinam, *Miners*.

que lo había desdeñado. Aunque ganó el litigio, advirtió que su proveniencia ilegítima lo hacía vulnerable a posteriores menosprecios, así que compró unas gracias al sacar, una cédula real que borraba el *defecto* de su nacimiento.² Logró también su aceptación por parte de las élites locales y, eventualmente, asumió aquella ansiada posición en el cabildo.

La pregunta acerca de si había otras personas que hubieran experimentado una discriminación análoga y buscado su reparación me llevó al Archivo de Indias en Sevilla, y a archivos en todas partes de Hispanoamérica. En *Public Lives, Private Secrets*, rastree la vida de 244 personas que habían solicitado unas gracias al sacar para eliminar su ilegitimidad.³ Sus historias no solo me dieron una mejor comprensión de sus mundos públicos y privados, sino que iluminaron también los de sus familias, amigos, élites locales y funcionarios imperiales, mientras negociaban cuestiones en torno al género, el honor, la sexualidad y la ilegitimidad en la Hispanoamérica del siglo XVIII.

Una confesión final. Una de las preguntas más frecuentes de mis colegas cuando envié al editor *Public Lives, Private Secrets* era: “¿Y qué sucedió con los mulatos y los pardos que compraron la blancura a través de las gracias al sacar? ¿No vas a escribir sobre ellos?”⁴ La pregunta surgió porque el mismo proceso que permitió a Gabriel Muñoz pagar para eliminar su ilegitimidad, permitió también a pardos y mulatos comprar la blancura. En 1795, la Corona española promulgó un arancel para las Américas que incluía la legitimación, así como la blancura entre setenta y una opciones de compra. Mi respuesta entonces fue que acababa de terminar un enorme manuscrito y, aunque en él mencionaba la opción de comprar la blancura, no había espacio ni tiempo para hacer justicia al tema en aquel momento. Admití que era un asunto apasionante y prometí que me ocuparía de él.

2 Los testimonios habitualmente incluyen términos tales como “defecto” o “mancha” para describir ancestro africano o ilegitimidad. Esto creó un dilema sobre cómo permanecer fiel a su uso y comprensión en el siglo XVIII, sin desconocer que las conceptualizaciones actuales los rechazan como defectos o manchas. La solución fue incluir citas cuando estos términos provienen de documentos, pero también emplearlos como descriptores a lo largo del texto de manera *emic* (véase capítulo 2), entendiendo que estos términos reflejaban el vocabulario y construcciones de aquella época (pero ciertamente no de la actual).

3 Twinam, *Public*.

4 Véase el capítulo 2 para una discusión de las similitudes y diferencias entre los términos “pardo” y “mulato”.

Con esta monografía cumplo esa promesa. Sin embargo, no podía saber, cuando exploraba aquello, que concebí originalmente como un tema centrado únicamente en la compra de la blancura, a dónde me llevaría eventualmente. Comencé a preguntarme por qué aquellos pardos y mulatos que presentaban sus peticiones a la Corona a mediados del siglo XVIII para obtener las gracias al sacar sentían que podían hacerlo y por qué el monarca tomaría en serio sus peticiones. Resultó imperativo para mí entender los logros de sus antepasados, los procesos históricos que facilitaron las búsquedas de generaciones anteriores, las que abrieron caminos cada vez más amplios para sus descendientes.

Advertí que la historia de la blancura de las gracias al sacar solo podía contarse como algo inextricablemente vinculado a siglos de luchas, mientras los africanos y sus descendientes mestizos (castas) pasaron de la esclavitud a la libertad, a la condición de vasallos y, finalmente, a obtener la ciudadanía.⁵ Muchos de quienes aparecen en las páginas siguientes resultaron ser los pioneros imprevistos de los derechos civiles. Aun cuando rara vez pusieron directamente en duda la legitimidad de la jerarquía imperante, se enfrentaron a los funcionarios españoles y a las élites locales, e impugnaron las normas imperiales mientras luchaban por eliminar la discriminación. Incluso en el ocaso del imperio, cuando la Monarquía amenazaba con derrumbarse, los delegados peninsulares y americanos reunidos en las Cortes de Cádiz continuaron debatiendo la igualdad de condiciones para las castas.

Lo que sigue sugiere que el blanqueamiento de las gracias al sacar surgió únicamente como una variante, un reflejo oficial de prácticas difundidas que facilitaron la movilidad de pardos y mulatos durante siglos. Incluso a quienes el Consejo de Indias les negó la blancura pudieron tomar vías alternativas y, en ocasiones, conseguir sus objetivos. Más importante aún, miles de personas desconocidas disfrutaron informalmente el beneficio de un blanqueamiento parcial o total. Las gracias al sacar demostraron ser liminales, pero no por las pocas personas que las solicitaron, ni por las aún menos que las recibieron. Más bien, su historia coincide con el relato más amplio, y en su mayor parte no contado, de la movilidad de castas en Hispanoamérica. La medida en que estas luchas tuvieron éxito o fracasaron ofrece una comprensión sorprendente de aquellos procesos de exclusión e inclusión que moldearon la textura de la discriminación dentro del imperio español.

5 Para el uso variable del término “casta”, véase la discusión que aparece en el capítulo 2.

Parece apropiado que, al menos una parte de este relato, comience de nuevo en Antioquia, pues los hermanos Valenzuela, ricos mercaderes de esa capital colonial, fueron los primeros pardos de las Indias en recibir una cédula de la Corona que los hacía blancos. No obstante, hay mucho que explorar antes de que aparezcan. La mejor manera de empezar sería con algunas primeras “conclusiones”, para considerar de nuevo más de un siglo de fascinación académica con la idea de que pardos y mulatos pudieran comprar la blancura.